

IMPORTANTE:

Al público

En vista de los numerosos pedidos que todos los días nos llegan de números atrasados de nuestras publicaciones, nos place comunicar a nuestros amables lectores que desde primeros de abril existirán depósitos de todas nuestras publicaciones en todos los quioscos y librerías de España. Es, pues, el momento de completar sus colecciones.

IMPORTANTE:

A LOS CORRESPONSALES

Con el fin de que puedan contentar a todos los clientes en cuanto a las demandas de números atrasados y para evitarles momentáneo desembolso, esta Dirección, de acuerdo con sus distribuidores, ha decidido establecer depósitos de los números atrasados de todas nuestras publicaciones. Si no ha recibido dicho depósito y lo desea, pida las colecciones que necesite a

**Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.**

Barbará, 10, BARCELONA. Ferraz, 21, MADRID. Ferrocarril, 20, IRUN

J. Horta, impresor. - Barcelona

PROPAGANDA

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 237

25 cts.



LA
REINA MORA

POR
Carmen de Córdoba
José Montenegro
etc.

Filmoteca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción } Vía Layetana, 12
Administración } Teléfono, 4423 A

Año V BARCELONA N.º 237

LA REINA MORA

Adaptación de la inspirada zarzuela, original, la letra, de los geniales autores don Serafín y don Joaquín Álvarez Quintero, y la música, del reputado maestro José Serrano.

INTÉRPRETES:

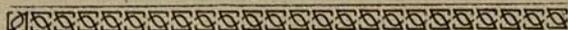
Coral, Carmen de Córdoba. *Mercedes*, Consuelo Reyes. *Doña Juana la Loca*, María Comendador. *Don Nuez*, Antonio Varela. *Señor Miguel Angel*, José Montenegro. *Esteban*, José Aguilera.

Producción: ATLANTIDA, S. A. C. E., Madrid

Exclusivas TRUFIL

J. LLATJÓS PRUNÉS
Rambla San José, 27 — BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
FLORA LE BRETON



LA REINA MORA

Argumento de la película

En una solitaria calle de un apartado barrio de Sevilla, existía una casa conocida por la del "Duende", que durante muchos años nadie se había atrevido a habitar.

Una noche, y mientras los pacíficos moradores del barrio se entregaban al reposo, dos desconocidos llegaron a ocupar la misteriosa casa.

A la luz amarillenta de los faroles, vióse como se detenía un carro de mano y dos seres. Sacáronse los muebles del vehículo, fueron entrados en la casa, y al poco la calle volvió a sumirse en el más completo silencio .

A la mañana siguiente, cuando el barrio despertó, el señor Miguel Angel, modesto imaginero, comenzaba su tarea de pintar y restaurar figurillas, estimulándose alguna que otra vez con unos tragos de aguardiente baratito—aunque en la etiqueta de la bo-

Prohibida la reproducción.

Revisado
por la censura gubernativa.

tella rezaba que era nada menos que del "Mono"—, cuando le rodearon las oficialas y aprendizas de Mercedes, la costurera más graciosa del barrio, que vivía y tenía su taller en la casa inmediata a la del artista callejero.

El buen humor del señor Miguel Angel le había granjeado la simpatía de todos sus vecinos, y había que oírle piropear a las niñas, que valían, una por una, lo que pesaban, en oro.

Las mozas pasaban un rato delicioso todas las mañanas con el "maestro", pero aquel día, Mercedes, menos tolerante que otras veces, llamólas al orden, diciendo al señor Miguel Angel:

—Maestro, no me entretenga *usté* a las niñas, que tenemos mucha costura.

Las modistillas obedecieron, y Mercedes, al quedar a solas con el "maestro", le notificó un gran acontecimiento próximo a suceder.

—Ya sabe *usté* que el domingo es mi cumpleaños y que armaremos un poquito de fiesta en el patio. Supongo que no *farará* *usté*.

El buen viejo echóse a reír, lamióse los dedos de gusto, creyéndose ya en la fiesta, y prometió no faltar. ¡Ya lo creo que no faltaría!

El señor Miguel Angel iba a entregarse a su tarea, pero un nuevo obstáculo se levantó en su buena intención, en la persona, fúnebre y fantasmagórica, de Doña Juana la Loca, conocida así en el barrio una vieja devota, porque se pasaba las noches buscando por las calles el alma en pena de su difunto marido.

El "maestro", llenándose un vasito de aguardiente, mostróse galante con la inconsolable viuda.

—¿*Usté* gusta?

El primer gesto de la invitada fué de negación, pero...

—No me tiente *usté*, *señó* Miguel Angel, que voy a la Iglesia...

Sin embargo, como el olorcillo era tan diabólico... Procedente de una calle cercana, oyóse el canto de un mocito queregonaba la mercancía de que era portador. Su voz era suave y su hablar ingenuo.

*¡Pajaritos vendo yo!
En la rama los cogí,
y uno se murió,
y otro lo vendí...*

Las costureras y el señor Miguel Angel y Doña Juana la Loca escucharon con agrado al cantor, y le sonrieron al verle aparecer en aquella parte de la calle que ellos ocupaban.

El pregón del pajarero volvió a rasgar el aire, y de pronto, ante la sorpresa de todos se abrió la misteriosa ventana de la casa del "Duende" y apareció una mujer muy hermosa, que compró a aquél un pajarillo, retirándose en el acto hacia dentro.

El mocito, admirado de lo que acababa de ver, dijo al "maestro", al que se le reunieron también las costureras, ávidas de que les dieran luz en aquel misterio:

—Abuelo, ¿ha visto *usté* qué *mujé* más guapa? ¡Eso es una *escurtura*!

A lo que el imaginero repuso, abriendo los ojos como si sus órbitas fueran depósitos de limones:

—¡Una gloria *der* paraíso de Mahoma! ¡Una reina mora!

Doña Juana la Loca se persignó llena de miedo y echó a andar hacia la iglesia.

Desde entonces la inesperada aparición de la hermosa mujer fué la comidilla de aquella gente, que dió rienda suelta a su fantasía, siendo así que la verdad del caso era la siguiente :

Coral vivía con su hermano en pintoresco barrio, muy cerca de la Giralda, cuya torre contemplaba todos los días desde la puerta de su casa, al sentarse a hablar con sus vecinas.



Desde entonces la inesperada aparición de la hermosa mujer fué la comidilla de aquella gente...

Camarón, un jaque del barrio, pretendía y asediaba a Coral inútilmente.

Un día, Camarón acercóse a Coral sin que ella le viera, y le dijo cuatro palabras de conquistador. Ella, por toda respuesta, al ver que era él, le volvió a dar la espalda.

—¿Por qué me *desprecias, mujé*, si yo por tí mudaría la *Girarda* de sitio?—insistió Camarón.

Disgustada por la impertinencia del jaque, Coral levantóse de su silla, cogió ésta, entró en su casa y le cerró la puerta en las mismas narices.

Camarón, rencoroso, murmuró:

—Me las has de pagar.

Y Coral, a pesar suyo, comprendió que aquel hombre era un mal hombre con el que debía andarse con cuidado.

Cotufa, hermano de Coral, hombre de buen humor y chispa, al volver a su casa topó con Camarón, y le extrañó la mirada y el gesto que éste hizo al verle.

Coral lloraba en su casa, sorprendiéndola así Cotufa, que le preguntó, intrigado, la causa.

—Ese hombre, ese Camarón que no me deja en paz, y temo que se entere Esteban.

Cotufa se rió de tan pueriles recelos.

—Búrlate lo que quieras; pero algo malo va a pasarme y va a tener la culpa ese hombre—añadió Coral.

Y Cotufa trató de apaciguar a su hermana, no tomando ya la cosa tan a broma como al principio, en vista de la preocupación de Coral.

A todo eso llegó la noche, y Esteban, hijo de Martín el dorador, salió, como todas las noches, para pelar la pava con Coral, su novia.

Hablaban en la reja, dichosos, pues ya lo ha dicho un poeta:

*Una reja es una cárcel
con el carcelero dentro
y con el preso en la calle.*

Pero alguien acechaba en la sombra. Era Camarón, que, comido de envidia, iba a buscar camorra. El desdeñado acercóse hasta la pareja amorosa,

encendió su cigarrillo a pocos pasos de Esteban, y les arrojó la cerilla al reanudar el camino.



Coral vivía con su hermano en pintoresco barrio, muy cerca de la Giralda.

Esteban, cegado por la grosería, iba a pedir cuenta de ella al rival, pero se contuvo ante las súplicas de Coral.

De modo que aquello no pasó a mayor aquella no-

che ni se supo jamás de Camarón... hasta un día festivo, en la Venta de la Eritaña, donde coincidieron en ir los dos rivales, Esteban con Coral y Cotufa, accediendo a un deseo de su futuro cuñado, que se había empeñado en, pasar la tarde en la Venta.

Camarón, según su costumbre, había empinado el codo más de la cuenta. Estaba con unos amigos, uno de los cuales, al ver que miraba con ojos de fuego a Coral, y enterado de los desprecios que ésta le había dado, le dijo con mala intención:

—No eres tú hombre si no convidas a esa *mujé* a una copa de vino.

—¿Que no?... ¡Ahora verás quién soy!... — respondió uniendo la palabra al gesto.

En un tris plantóse Camarón frente a la mesa que ocupaban Coral, Cotufa y Esteban, y dijo a los hombres:

—Con permiso de ustedes. Esta buena *mosa*, ¿se beberá una copita de *mansanilla* si yo se la *ofresco*?

Esteban levantóse de su silla y contestó a su rival, haciendo esfuerzos por no perder su tranquilidad:

—Esta *mujé* no bebe.

Pero Camarón estaba decidido a demostrar a sus amigos que era guapo, y se embrolló de palabras y echó mano a su faca, pero Esteban supo darle la vuelta, dejándole tendido en el suelo, avergonzado y herido.

*
**

Esteban, a pesar de que la herida de Camarón fué leve, tuvo que pasar unos cuantos meses de encierro.

Coral, en tanto, sufría en silencio y no podía soportar el figoneo de las vecinas, decidiéndose, un día, a contarle sus cuitas a Cotufa, su buen hermano.

—¡No vivo en esta casa más tiempo! Estoy harta de *sé* la comidilla de todo el barrio. Llévame muy lejos de aquí. ¡Quiero *pasá* por lo mismo que Esteban!... El no tiene con quien *hablá*. Yo no quiero tampoco *hablá* con nadie, *pa* no *pensá* más que en su persona.

—Ten *pasiensia*. Ahora mismo voy a buscarte un hormiguero de donde no vas a salir hasta el verano.

Sin pérdida de momento, como buen hermano, Cotufa se puso a la busca de un nido donde Coral viviese en paz. En una calle, por sus andares y su narizota, dos mocitas se rieron con esa risa tan tentadora, y dijose nuestro hombre:

—Aquí ya he *llamao* la *atención*. No conviene este barrio.

Siguió adelante, y un poco más lejos la Providencia le ayudó a encontrar lo que andaba buscando. Frente a la casa de Mercedes, la gentil costurera, un matrimonio extranjero escuchaba, tomando nota de ello el marido, lo que les decía un *cicerone* acerca de la misteriosa mansión de aquella calle.

—A esta casa la llaman la casa del "Duende"

Ha *estao* casi siempre *deshabitá*. Se dice que en la antigüedad la vivió un judío, cuya hija, que era *pre-siosa*, se fugó con el rey Don Pedro el *Crué*. El judío, *entonces*, le echó una *maldición* a la casa, y *parese* que los inquilinos que ha *tenío*, cuando se han



—Esta mujé no bebe.

puesto a *resá* el rosario o han *mentaao* a un santo cualquiera, han *principiao* a oír tales ruidos de cadenas y tales aullidos de perros rabiosos, que muertos de miedo se han *pasao* la noche en la calle y se han *mudao* de la casa al día siguiente.

Cotufa, al oír la poco agradable relación, prescindió

del historial que tenía la casa, limitándose a considerar que no podía haber otra mejor para Coral, y dicho y hecho: una noche cargaron los trastos en un carro de mano, y nadie se enteró de la mudanza, aumentando el misterio...

Ya en la nueva casa, Cotufa dijo a Coral:

—Yo aquí voy a *pasá* por tu novio, y voy a *sé* más *seloso* que Otelo. Así te dejarán en paz.

.

El cumpleaños de Mercedes fué sonado.

La concurrencia reunida en el patio era numerosa y con muchas ganas de hacer locuras.

Bailó la linda costurera, bailaron las oficiales, bailó alguien más, y también bailó el señor Miguel Angel, que resultaba ser una enciclopedia.

La casa del "Duende" y su misteriosa inquilina siguieron siendo la preocupación y la curiosidad del barrio, y el colmo de ello fué cuando, aquella noche, se supo que en la casa entraba un hombre, al que el señor Miguel Angel había apercibido al salir de la fiesta.

Un día la Reina Mora fué a oír misa en la Catedral, y al disponerse a regresar a su casa, Don Nuez, el fantasmón más cómico del barrio, que pretendía a la sazón a Mercedes, se tropezó a Coral y perdió por ella el sentido, desbancando a la costurera en su corazón.

El señor Miguel Angel le vió y le detuvo.

—¡Déjeme *usté*, que voy siguiendo a la *Girarda*, que ha *echao* a andar por esas calles! Esa *mujé* tiene que *sé pa* mí — dijo Don Nuez, apartando al imaginero.

—No te hagas ilusiones — repuso el "maestro" —. Esa *mujé* es una Reina Mora que vive escondida, y yo ya he visto moros en la costa.

Pero Don Nuez, empeñado en que Coral había de ser suya, echó en saco roto la observación del señor Miguel Angel, y reanudó el seguimiento... pero en un cruce de calles ya no la vió más, y pegándose en el rostro, exclamó, dándose a todos los demonios:

—¡*Mardito sea er queso!* La perdí de vista.

En medio de su disgusto encontró Don Nuez una esperanza: enterarse por el señor Miguel Angel, de todo lo que hacía referencia a Coral, puesto que él sabía quien era y donde vivía. A su encuentro fué, pues, ignorando que la Reina Mora vivía muy cerquita del "maestro", tan cerquita, que la pared de su ventana le servía de muro a su tienda al aire libre.

El señor Miguel Angel, que cuando encontró a Don Nuez regresaba a su "puesto", procedente de la compra de materiales de su oficio, hallábase de nuevo entregado a su tarea.

Doña Juana la Loca, como todas las mañanas al volver de descargar su conciencia en el confesionario, se había detenido a charlar un ratito con el señor Miguel Angel, para saber si había conseguido averiguar algo referente a la Reina Mora.

El "maestro" obsequiaba a su amiga con una copa de aguardiente, que ella aceptaba siempre, aunque nunca sin hacerse de rogar. Por ejemplo, aquella mañana, aceptóla, como otras veces, pero, a guisa de disculpa, dijo:

—Siento ser tan débil, porque mañana me veré obligada a confesar mi debilidad...

A lo que el señor Miguel Angel, con su franqueza y su buen humor de costumbre, repuso:

—Más lo siento yo, *entonces*, porque *pasao* mañana está aquí el cura.

Doña Juana marchóse a sus quehaceres, y al pasar por delante de la reja de las costureras, Merce-

des la detuvo, para reírse todas un poco de la vieja.

—Buenos días, Doña Juana. ¿Le ha dicho *usté* al cura lo de *Seboya*? — preguntóle.

—Y ¿qué es lo de *Seboya*? — inquirió la beata.

—Ese majito que la ronda a *usté*.

—¡Virgen Santa! ¡Qué ocurrencias!

La turbación de la vieja provocó francas carcajadas a las muchachas, a las que se juntaron las del señor Miguel Angel, quien, apenas aquélla hubo desaparecido persignándose, dijo a Mercedes, entre bocanada y bocanada de su atiborrada pipa:

—¿Qué, te arreglas con Don Nuez o no te arreglas?

—Me *parese* que no...

—*Pos* mira, es un *mosito* muy jacarandoso.

—Sí, *señó*; y hasta guapo, si no fuera por la nuez que tiene. Sobre que ahora no piensa en mirarme. Ni él ni ninguno del barrio. Aquí ya no hay más *mujé* que la Reina Mora.

Don Nuez, como si hubiese adivinado que estaban hablando de él, presentóse en aquellos momentos, recibéndole las modistillas con tosecitas.

El presuntuoso, alcanzando al señor Miguel Angel, y muy cerca de la reja, sin adelantarse, comentó:

—¡Chavó, qué *tozes!*... ¿No pasan por aquí las burras?

La burla siguió, pero callada; y Don Nuez creyó que sus palabras habían hecho enmudecer a las costureras, envaneciéndose de su "energía".

Y como a Don Nuez no le preocupaba más que Coral, habló de ella con el "maestro", y se enteró de que vivía allí mismo, pero que no era fácil verla...

—¡Maldito *sea* er queso!... *Esa mujé* me ha *dislocado*. ¡*Usté* se cree que *si* yo pudiera *hablá* con ella dos palabras, a estas horas no había yo *jecho*

con *lapi* un palito más en la *paré* e mi cuarto? — dijo al señor Miguel Angel, dando por segura su victoria sobre Coral, si hubiese acudido o acudiera en su ayuda la ocasión de dirigirle la palabra.

El señor Miguel Angel le siguió la corriente.

—¿Es que apuntas las *virtimas* con palitos?

—¡*Eso!* ¡Y está la *paré* que parece una valla!

—¡Vaya valla!

—Oiga *usté*... ¿El *arangután der* novio no ha *venío*?

Cotufa pasó rápidamente por delante de ellos y entró en la casa. Don Nuez quedó inmóvil, como quien ve visiones, y dijo, al recobrarle de la sorpresa, al señor Miguel Angel:

—Dele *usté* tregua *ar* tiempo, que no va a *tardá* mucho la noche en que *suene* un *beso* en *esa* ventana.

—¿En un *visiyo*?

—No se burle, que digo la *verdá*.

Cotufa salió de la casa, volviendo a cruzar a Don Nuez y al imaginero, deteniéndose unos instantes frente a la reja de Mercedes, para corresponder con miradas tiernas a las tosecitas que oyó a su paso.

Don Nuez dijo al señor Miguel Angel:

—Me *güervo* e *espartas* *pa* no *tené* *pendensias*.

Mercedes, por su lado, decía, a propósito de Cotufa:

—Como no tenga alguna *habilidad* secreta, no me explico el *partio*...

El vendedor de pajarillos reapareció en el barrio. Oyóse su voz, y dijo el señor Miguel Angel a Don Nuez, ya desaparecido de la reja de Mercedes el feillo pero simpático Cotufa:

—El otro día cantó aquí ese mocito su pregón, le sacó dos coplas a la Reina Mora y la vimos *asomarse* a la ventana.

Don Nuez corrió al encuentro del pajarero, pagándole bien para que cantase al pie de la ventana de Coral, para verla.

Obedeció el muchacho, y oyóse este cantar:

*Asómate a la ventana
que tienes ojos de mora
y corasón de cristiana.*

Las persianas de la ventana abriéronse al momento, apareciendo la belleza incomparable de Coral.

El mocito acercóse y recibió de la fiel enamorada unas monedas.

—Que *er Señor* le dé a *usté* más *salú* que simpatías le ha *dao*, señora — le dijo, agradecido, el pajarero.

Don Nuez se presentó entonces a ella, pegado su rostro a la reja, diciéndole:

—¡Y que *se asome* *usté* de cuando en cuando, hija!

Coral, al verle, le cerró la ventana sin contemplación, y las risitas fueron generales.

—¡Don Nuez, qué labia tienes! — exclamó el señor Miguel Angel.

Mercedes intervino en la guasa.

—¡Se las lleva de calle!

El mocito, intencionadamente, preguntóle:

—¿*Quié* *usté* que le cante otra copla?

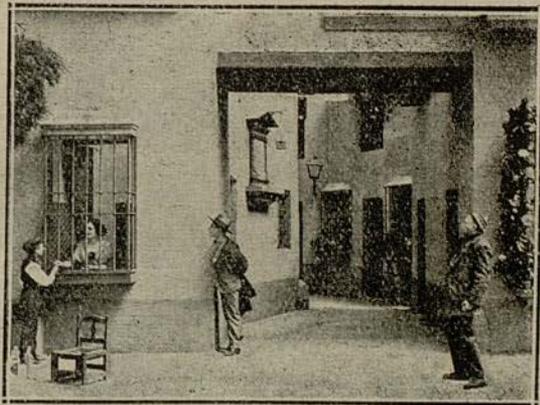
Y el pobre Don Nuez, todo a su despecho, respondió al mocito:

—¡*Cántazela* a tu padre, niño!

El pajarero reanudó, riéndose, el camino, echando al aire su simpático pregón, y Don Nuez, acogiéndose a una idea que iluminaba su espíritu, dijo al señor Miguel Angel:

—*Er desaire de esa mujé* me ha *cegado*. Me voy al río.

Asustóse el imaginero. ¿Iba, Don Nuez, a suicidarse? ¿Sería capaz de quitarse la vida por una mujer?



—Que *er Señor* le dé a *usté* más *salú* que simpatías le ha *dao*, señora.

Afortunadamente, no; y el “maestro” quedó tranquilo, y riéndose todavía, al oírle añadir:

—Me voy al río, a *vé* si con el *í* y *vení* del agua *se* me ocurre algo *güeno*.

Mercedes volvió a toser, y Don Nuez, dibujando

en su rostro una mueca más grotesca que la del peor tonto de circo, correspondió a su guasa con enojo.

—¡Zi no hubiera niñas delante... ya le diría yo a usted cómo *se le quitaba esa tos!*

—Y yo a usted, si en *lugá* de tos fuera hipo.

—No quiero discutir.

Y dando media vuelta a lo torero, echó a andar hacia el río.

Otra vez que, aquel día, Cotufa volvió a pasar por delante de la reja de Mercedes, se detuvo a mirarla.

La gentil costurera había dado ya la orden a sus empleadas de abandonar el trabajo para ir a comer.

Al ver a Cotufa, Mercedes se rió sin reservas.

—*Pué usted* reirse mientras no pase otro más feo, que ya hay *pa* rato — le dijo Cotufa, sonriéndole.

Tal réplica desarmó a Mercedes, que, asomándose a la ventana, continuó la plática:

—¿No teme *usted* que se enfade su Reina Mora?

El señor Miguel Angel sorprendió a Cotufa hablando con Mercedes, y su asombro no tenía límite.

—¡El de la sultana, con Mercedes!... ¡Huevos con tomate! ¡Huevos con tomate! — exclamó.

Cotufa apartóse de la reja de la costurera para ir a llamar a la de Coral, y decíase, agradablemente turbada, Mercedes:

—De *serca* no *parese* tan raro. Y algo valdré yo cuando puedo *desbancá* a la Reina Mora.

A las llamadas de Cotufa respondieron, desde el interior de la casa, dos gritos de plaza de toros:

—¡Olé! ¡Olé!

Era la cotorra. Por un momento Cotufa se había olvidado del animalito.

Coral no se hizo esperar.

—Ahora mismo vengo de verlo. ¿Tú vas a ir mañana? — dijo Cotufa a su hermana.

—Sí.

—Te advierto que yo saco raja de este *fregao*, porque como paso aquí por tu novio, tengo un *carté* que no me lo *meresco*.

Don Nuez, que se había pasado largo rato mirando el agua del río, para inspirarse, regresaba y se reunía con el señor Miguel Angel, con el que se puso a espiar a Cotufa hablando con la que todos creían era su novia.

Cotufa, al descubrir que le estaban mirando, hizo una seña a su hermana y se puso trágico.

—¡Adentro!... ¡Y por lo que toca a ese valiente, a faca me está bailando ya en la *sintura*!

El señor Miguel Angel y Don Nuez temblaron como hojas amarillas en día de viento.

Menos mal que Mercedes y sus oficialas salieron del taller.

Cotufa, extendiendo en el suelo su capa, dijo a la hermosa costurera:

—¡Olé los pies chiquirritines! Piñones con zapatos.

Mercedes aceptó el elogio, y miraba, burlona, a don Nuez, que no sabía hacia dónde ir, contentándose con expresar su malhumor con su característico: *¡Mardito sea er queso!*

Cotufa, envalentonado por las sonrisas de Mercedes, le señaló su capa y le dijo:

—Arma mía, pise *usté* esta capa *pa recortá* los *heasitos*.

Mercedes le complació, y dijo a Don Nuez:

—¿Y *usté* no *dise na*, Don Nuez?

—Se le ha *hinchao* la nuez y no puede — respondió la que iba con Mercedes.

Decididamente, Cotufa era un hombre afortunado,

y alejóse de allí, después de haber asustado a Don Nuez.

Entretanto, éste, airado, decía al señor Miguel Angel, que lo ponía en duda:

—¡Va a *subí la sangre*... *siete metro* bajo *er nivé* *der mar*!

A la mañana siguiente, Coral fué a visitar a su Esteban en la cárcel.

—¡*Pobresito* mío! ¡Preso por mi causal! ¡Qué pena me da!

—¡*Pobresita* mía! ¡Tiene los ojitos malos de *llorá*!

Don Nuez se encontraba en aquellos momentos en su casa dispuesto a hermosearse el cutis, y vió a Mercedes cruzar la calle, y a Cotufa detenerla junto a su reja.

—*A mí* no me hable *usté* mientras no riña con la Reina Mora — le decía Mercedes a Cotufa.

—Si *usté* me deja que la acompañe de aquí a la esquina, yo le explicaré... — contestóle Cotufa.

Presa de envidia, Don Nuez salió de su casa, no dispuesto a que Cotufa, el tío feo aquel, fuera un obstáculo para sus aventuras galantes.

—¡*Mardito sea er queso*!

Unas vecinas, al verle, se chungaron de él.

—¿Qué pasa? — les dijo el presuntuoso, amoscado.

Y las vecinas redoblaron sus risas.

En la cárcel, Esteban y Coral se hacían protestas de su cariño fiel.

Decíale Esteban a su amada:

*Copita de plata
quisiera tené
pa cogé las lagrimitas
de tus ojos al caé.*

Y Coral, emocionada, le contestaba con el corazón, de esta manera:

*Cajita de oro
quisiera tené
pa guardá los pensamientos
que a ti sólo consagré.*

El celador fué a separarlos, y de regreso a su solitaria casa, Coral prosternóse ante la Virgen de los Desamparados, y rumoreó, henchida de alegría:

—Ya faltan horas nada más.

Cotufa y Mercedes seguían paseando. Cotufa hablaba amorosamente a la linda costurera, y sin decirle claramente quién era él, le daba a entender que la Reina Mora no le interesaba tanto como ella... y mientras los dos así se entendían, Don Nuez se tiraba de los pelos, dado a los demonios.

Cobardón, el presuntuoso hacía pagar los vidrios rotos a ración tras ración de cangrejos, de los que, al paso que iba, no habría bastantes para calmar su alteración.

Descubriendo a Don Nuez, casualmente, Cotufa, que iba aún con Mercedes, dijo a ésta:

—¡Verás qué broma le he *preparao* a Don Nuez esta noche! Y descuida, que luego reñiré con la Reina Mora.

Separáronse los dos enamorados, pues Mercedes quería ya a Cotufa, y al poco Don Nuez veía ante sí a su rival, y lo midió con desdén.

Cotufa le tendió la mano, después de golpearle en el hombro.

—Vengo como amigo y tengo que *hablá* con *usté*.

Don Nuez miró a su enemigo con extrañeza, y como no era partidario de discusiones, celebró que llegase en son de paz.

Y hablaron...

Y, al fin, Esteban salió de la cárcel, siendo su primera visita, aquella misma noche, para la casa del "Duende", donde le esperaban Coral y Cotufa.



...Esteban y Coral se hacían protestas de cariño fiel.

En tanto Don Nuez, convencido por Cotufa de que pisaba terreno firme, se concertaba con cuatro amigos para darle serenata a Coral.

El señor Miguel Angel estaba bien ajeno a lo que le iba a decir Don Nuez.

—*Embózeze usté*, porque *se* va a *queá* con la boca abierta.

—¿Qué pasa?

—Cotufa *se* ha *jecho* amigo mío.

—¡¡.....!!

—Parece que la otra noche me vió afileando un par de navajas y *se* ha *arrugao* de *mieo*. Me ha *buscao* y me ha dicho: "Don Nuez, *usté* y yo tenemos que *zé* amigos!"

—¡¡.....!!

—Constestación mía: escupí en *er suelo*.

Repitiendo la operación, pero en dirección equivocada, Don Nuez mojó el rostro del señor Miguel Angel, que temió quedar tuerto; y añadió:

—Cotufa continuó, como un corderillo: "Yo estoy *chiflao* por *Mersedes* que a *usté* lo mira con *güenos* ojos. Déjeme *usté* libre la reja *der tallé*, que yo le juro que hoy mismito peleo con mi novia."

—¡¡.....!!

—Contestación mía: otra vez escupí en *er suelo*.

Y otra vez el señor Miguel Angel se llevó las manos al rostro, temiendo haber quedado ciego; y prosiguió Don Nuez su relación.

—Yo le dije: "Amigo Cotufa, *apuntao* tengo con *lapi* en un *papé*, que iba yo a matarlo *er* domingo... porque *to* lo que *pienso* *jacé* con las de Caín, lo apunto en *papé* *pa* darle *cararte* de escritura. Pero ya que *se* viene *usté* a *güen* terreno, ahí *esa* mano, amigo." Y saqué el *papé* y lo *jize* *peazos*. ¿Qué tal?

El señor Miguel Angel, amoscado, decidióse a vengarse de los salvazos, y dijo:

—Contestación mía...

Y le escupió en el rostro, no dejándolo sin nariz, porque la tenía muy larga; y antes de que protestase, le salió al paso con esta noticia:

—Me *paese* a mí que ese Cotufa es un chufión. Doña Juana ha visto *entrá* un hombre en esa casa.

Don Nuez no dió crédito a dicha noticia.

—Y ¿va *usté* a *jacerle* caso a una señora que está más loca que un cencerro?

Pero en aquel momento Esteban entraba en la casa, viéndole Don Nuez y el señor Miguel Angel, quien dijo a su amigo, burlándose de él:

—¿Qué *piensa* *hasé*; *borrá* *er* palito *e* tu cuarto?

Furioso, Don Nuez repuso:

—¡Deme *usté* un *papé* *pa* *apuntá* otra *ve* que mato a Cotufa *er* domingo!

Cotufa se presentó en tan crítico instante.

—¡Me alegraré que *se* haya *confezao*! — dijo Don Nuez.

Y yendo a su encuentro, no le disimuló su disgusto.

—Pero ¿qué *susede*?

—¡*Pasa*, *mardito* *zea* *er* queso, que del hijo *e* mi madre no *se* chunguea ningún *guazón*! ¡*En esa casa* acaba de *entrá* un hombre!

Cotufa fingió extrañarse, y replicó a Don Nuez:

—Amigo mío, yo le dije a *usté* que el campo era suyo. No se mezcle *usté* en ese *azunto* hasta que lo arregle con mi *faca*.

Cotufa llamó a la puerta de la casa y murmuró unas palabras a Esteban, que, disponiéndose a salir, dijo a Coral:

—A *sabé* lo que habrá *inventao* ese Cotufa. Le seguiré el *humó*.

Cotufa llevó a Esteban a pocos pasos de Don Nuez y el señor Miguel Angel, y le preguntó con aire provocativo:

—¿*Se* *pué* *sabé* con qué permiso entra *usté* en esa casa?

—¡No se *pué* *sabé*! — contestó Esteban, comprendiendo la broma.

Cotufa prosiguió:

—;*Totá* diez minutos!

—¿Me van a *matá* entre tres, por las señas?

—¡No! Me basto solo.

Don Nuez dijo al señor Miguel Angel, al tiempo que se parapetaba detrás suyo:

—¡No le *repondo* por no *complicá* la cuestión!

Desafiados, los dos hombres iban a alejarse para batirse en un lugar solitario.

—Antes de irnos, *noblesa* obliga — dijo Cotufa a Esteban, mostrándole su faca, de pronóstico reservado—. Yo llevo este alfilerillo de corbata.

Esteban mostró, a su vez, su faca, cuyo pronóstico era fúnebre.

—Y yo esta horquilla invisible — dijo.

Iban a marcharse, pero, antes, Cotufa, acercándose a Don Nuez, pronunció estas palabras:

—Si me toca a mí la china negra, dos cositas le *pío a usted*: que le diga a mi *Mersedes* de mi *arma* que siquiera un mes lleve en señal de luto un pañolillo negro, y que *usted* se encargue de mi matador.

Don Nuez se puso a temblar.

Esteban se impacientaba y lo demostró.

—Tanta *carma*, ¿no será otra cosa? — dijo a Cotufa.

—Vamos — respondió Cotufa, fingiendo arder en el deseo de hundirle su alfiler de corbata en el corazón.

Al quedar a solas con el señor Miguel Angel, Don Nuez, sosteniéndose apoyado en la espalda del imaginero, que hacía lo propio en la de su amigo, pues también temblaba, esperando ver de un momento a otro como la sangre llegaba hasta sus pies, dijo tartamudeando:

—¡Com... compadre, vaya un encarguito que me ha *dejao!*

—Don Nuez, vamos a quitarnos de enmedio — propuso el “maestro”—. Voy por mi *sena*, y a la cama... a la cama.

—Yo... antes de acostarme, les tengo que *avisá*

a los de las guitarras *pa* que no vengan. La noche no *está pa serenatas*.

Iban a separarse, pero al embozarse, sus capas se confundieron, atándose los dos.



—Y yo esta horquilla invisible.

—¡*Está uno nerviosillo!* — dijo, para disculparse, Don Nuez.

Otra vez intentaron separarse, pero el sereno gritó con voz de ultratumba:

—¡Ave María Purísima!... ¡Las *onse* han *dao* y serenoos!

Las piernas de los dos amigos parecían mondadientes que hicieran equilibrios.

—¡Tonto!... ¡Si *ez er* sereno! — dijo Don Nuez al señor Miguel Angel, para disimular sus temores—. *Uzté tié su mijiya e mico...* Lo acompañaré por la *seña*.

Quisieron echar a andar juntos, pero, de nuevo, resonó en el silencio de la noche, la voz del sereno.

—¡Ave María Purísima!... ¡Las *onse* han *dao* y serenoos!

Y, presas de miedo, bruscamente se separaron, huyendo cada cual por su lado, como almas que lleva el diablo.

En tanto, Cotufa y Esteban se partían de risa pensando en el mal rato que debían de estar pasando el señor Miguel Angel y, sobre todo, Don Nuez.

Al poco, el señor Miguel Angel, con la cena en las manos, se disponía a entrar en su casa, cuando vio a Doña Juana la Loca, a la que se apresuró a poner sobre aviso de lo que ocurría.

—Déjese *usté* de *pedí* por el alma de su *mario* y váyase a su casa. A estas horas deben de haber *matao* ahí detrás a Cotufa. Yo no quiero líos con la justicia. A la cama, a la cama.

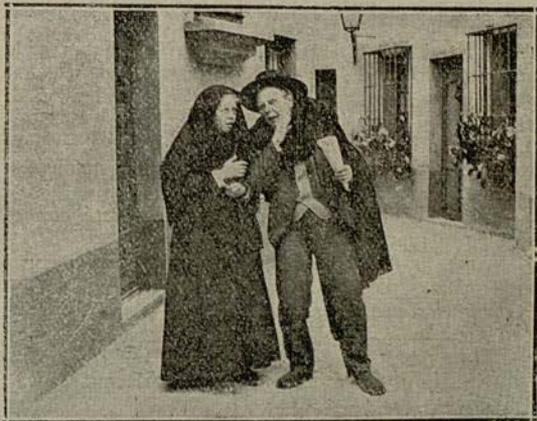
—¡Válgame el Patriarca San José! Voy a *resarle* un padrenuestro — dijo la viuda inconsolable, arrojándose al pie de la imagen que se veneraba en el barrio.

Don Nuez no sabía hacia dónde iba, y al ver un gato en la calle, tropezó y se cayó, no hiriéndose por verdadero milagro. Luego, volviendo sin querer al sitio de donde había partido, tropezó con Doña Juana la Loca, cayendo otra vez de bruces y llevándose un susto descomunal los dos.

—¡Hijo mío, estaba *resando* por el alma de Cotufa, que lo han *matao* ahí detrás de la esquina!

Don Nuez no parecía el mismo. Pedía que se lo tragase la tierra. Pensaba en el encarguito que le dejara Cotufa...

Pero he aquí que Cotufa salió de la sombra de la calle, antojándosele a Don Nuez que era el alma del muerto lo que se le aparecía para recordarle su encargo.



—A estas horas deben de haber *matao* ahí detrás a Cotufa.

Cotufa se acercó, y tocándole en el hombro con una mano, le dió la seguridad de que vivía.

—Pe... pero diga *usté*: ¿er muerto ha *sío* el otro? — preguntóle, temblando, el cobarde al bromista.

—No ha *habío* ningún muerto. Digo, como no se muera *usté* del *mico* que tiene. Se achicó el hombre. Corriendo debe estar *toavía*.

—Pero, diga *usté*: ¿cómo estaba dentro *e la casa*?

—Porque es primo de *cya*. Es un patoso que se ha *empeñado* en que la muchacha lo ha de *queré*.

—¡Caray que me alegro! ¿Te *paeece* a ti que es *güena* ocasión esta noche *pa vení* a cantarle cuatro finuras?

—¡Qué *mejó* noche que esta! Sobre que mañana *pué* estar lloviendo.

Don Nuez, loco de contento, fué a buscar a los cuatro tocadores de guitarra contratados para la serenata, e iba bordando las losas de la calle con los pies.

Cotufa batió palmas junto a la reja de Mercedes, para que ésta acudiera; y entonces hablaron muy seriamente.

—Vamos poquito a poco. ¿Ha *reñío* *usté* con esa *mujé* *pa siempre*?

—Vamos a *hablá* en plata: yo no he *reñío* con la Reina Mora, porque no soy su novio.

—*Entonces*, ¿qué es *usté* de la Reina Mora?

—Hermano.

—¿Hermano?

—Mire *usté*. Aquí tiene *usté* a la Reina Mora y a su novio.

En efecto, Coral y Esteban acababan de salir de la casa del "Duende". A una señal de Cotufa se presentaron ante Mercedes, y le dijo a la linda costurera la soberana Reina Mora:

—Ni reina, ni mora, ni *na* de esas leyendas que han *fraguao*. Reino *na* más que en el *corasón* de este hombre y con eso me basta. Mañana, más misterio... que si me ven... Pero cuando a *usté* le pregunten si sabe algo de mi persona, *pué* *usté* *contestá*: la Reina Mora está en su Reino... No ha *sío* más que una sevillana que ha *sabío* *queré* a un hombre.

Mercedes se apresuró a dar oídas a las pretensiones de Cotufa, y en tanto, Don Nuez, con sus toca-

dores de guitarra, echaba al aire sus coplas para que se asomase a la ventana la mora que le había atraído el corazón.

Mora de la morería
zi me yegaz a queré
me compro un jaique moruno
y una espidarga después.

—¡Qué bien va a *queá* el *trovaó!* — dijo Mercedes a Cotufa.

—Le va a *costá* mudarse del barrio — comentó Cotufa.

Desde el interior de la casa partieron unas voces:

—¡Olé! ¡Olé!

Don Nuez, satisfecho de esas manifestaciones de entusiasmo, miró a Cotufa y a Mercedes, y les dijo:

—*Na* más *sino* que me ha dicho: ¡Olé!

Y como viera que los dos enamorados se reían, añadió:

—¡*Rierse, rierse!* Aquí vamos a *está* tocando y cantando hasta que *zarga er só!*

Y volvió a cantar:

Asómate a tus cristales,
zurtana der mundo entero,
que quiero vé como juyen
las estrellitas der cielo.

Y no se sabe hasta cuándo siguió Don Nuez dando serenata a la cotorra.

Lo único que nos interesa saber es que Coral y Esteban y Mercedes y Cotufa formaron dos parejas que eran ejemplo y envidia de todos.

FIN

PRÓXIMO NÚMERO

La interesantísima novela dramática

LOS PARÁSITOS

por

Madge Bellamy, Owen Moore, Mary Carr, etc.

EXCELENTE ASUNTO

32 páginas - Numerosas fotografías

Precio: 25 CÉNTIMOS

Postal-fotografía regalo: EDDIE LYONS

"La Novela Semanal Cinematográfica" sale todos los miércoles

No deje de leer, si no lo ha hecho usted ya,
la magnífica novela llena de emoción y realismo.

AMOR DE PADRE

Publicada en LOS GRANDES FILMS
de La Novela Semanal Cinematográfica

Intérpretes principales: el formidable actor LON CHANEY
y la exquisita NORMA SHEARER

No olvide que el próximo número no debe
faltar en su colección. Se titula

EL ASALTO AL AMBULANTE DE CORREOS

y lo dedicamos al benemérito Cuerpo de Correos

Pídalo en su quiosco mañana.